

tólico, si me dirigen la misma pregunta: *¿qué es lo que podrá detener al Papa?* les responderé que todo. Sí, todo: los cánones, las leyes, las costumbres de las naciones, los Soberanos, los tribunales supremos, las Asambleas nacionales, la prescripción, las representaciones, las negociaciones, el deber, el temor, la prudencia, y sobre todo esto la opinion, que es la reina del mundo.

No se me diga pues: *¿Luego tú quieres hacer del Papa un monarca universal?* Yo no quiero semejante cosa, aunque no me sorprende este LUEGO, argumento tan cómodo en defecto de otros. Pero así como las faltas enormes, cometidas por algunos Príncipes contra la Religion y contra su Jefe, no me impiden en manera alguna respetar, en cuanto debo, la monarquía temporal, tampoco las faltas que pueda cometer un Papa contra esta misma soberanía me impedirán el reconocerle por lo que él es. Todos los poderes del universo se limitan mutuamente unos á otros por una resistencia recíproca. Dios no ha querido establecer una mayor perfeccion sobre la tierra, aunque haya puesto por otra parte bastantes caracteres para hacer reconocer su mano poderosa. No hay autoridad alguna en el mundo capaz de soportar las suposiciones posibles y arbitrarias, y si se las quisiese juzgar por lo que pueden hacer (sin hablar de lo que han hecho), seria menester abolirlas todas.

CAPÍTULO XIX.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. — EXPLICACIONES
ULTERIORES SOBRE LA INFALIBILIDAD.

¡Cuán expuestos están los hombres á cegarse, aun acerca de las ideas mas sencillas! Lo que debe interesar esencialmente á cada nacion, es conservar su disciplina particular; es decir, aquella especie de usos que, sin pertenecer al dogma, constituyen no obstante una parte de su derecho público, y se hallan mezclados desde largo tiempo con el carácter y las leyes de la nacion; de manera que no se podría llegar á tocarlos, sin perturbarla ó desagradarla sensiblemente. Estos usos, pues, y estas leyes particulares, son lo que ella puede defender ó sostener con una firmeza respetuosa, siempre que (por una mera suposicion) quisiese la Santa Sede derogarlos: pues todo el mundo conviene en que el Papa, y aun la Iglesia misma reunida con él, pueden engañarse en todo lo que no es dogma, hecho dogmático, moral ó disciplina universal: de manera que sobre todo lo que interesa verdaderamente al patriotismo, las afecciones, las costumbres, y, por decirlo todo en fin, al orgullo nacional, ninguna nacion debe temer la infalibilidad pontificia, la cual no se aplica sino á objetos de un orden muy superior.

En cuanto al dogma propiamente dicho, es precisamente sobre lo que no tenemos ningun interés de que se ponga en cuestion la infalibilidad del Papa. Aunque se presente una de estas cuestiones de metafisica divina, que sea preciso absolutamente llevarla á la decision del tribunal supremo, nuestro interés no seria que fuese decidida de tal ó de tal modo, sino que se decidiese prontamente y sin apelacion. En el famoso asunto de Fenelon, de veinte consultores romanos, diez le fueron favorables y diez contrarios; y lo mismo podría su-

ceder en un Concilio universal de quinientos ó seiscientos Obispos; pues lo que es dudoso para veinte hombres escogidos, puede serlo igualmente para todo el género humano. Los que creen que multiplicando los votos deliberantes se disminuye la duda, conocen poco al hombre, ó no se han hallado nunca en un Congreso ó Asamblea legislativa.

Los Papas han condenado durante diez y ocho siglos muchas herejías. ¿Y cuándo han sido contradichos por un Concilio universal? No se citará ni un solo ejemplo, no: sus bulas dogmáticas no han sido contradichas sino por aquellos á quienes condenaban. Los Jansenistas no dejan de nombrar á la que los anatematiza, la famosísima bula *Unigenitus*, así como Lutero encontraba muy famosa la bula *Exurge Domine*. Frecuentemente se nos ha dicho que «los Concilios generales son inútiles, porque no han reducido á ninguno de los «extraviados;» y aun el famoso *Sarpi* principia por esta observacion su Historia del concilio de Trento. Mas esta observacion es sin duda falaz; porque el objeto principal de los Concilios no es tanto el reducir á los novadores, cuya eterna obstinacion fue siempre conocida, sino mas bien el manifestarles el error en que viven, y tranquilizar á los fieles, asegurando el dogma. El arrepentimiento de los disidentes es una consecuencia muy dudosa, que la Iglesia desea sí ardientemente; pero con poca esperanza de conseguirlo. No obstante, admito la objecion, y digo: «Pues que los «Concilios generales ni son útiles para nosotros que creemos, «ni para los novadores que rehusan creer, ¿á qué fin congregarlos?»

El despotismo sobre el pensamiento, de que tanto se acusa á los Papas, es una quimera. Supongamos que se preguntase hoy en la Iglesia: «Si hay una ó dos naturalezas, «una ó dos personas en Jesucristo: si su cuerpo está contenido en la Eucaristía por transustanciacion, ó por impacion, etc.,» ¿dónde está el despotismo que dice sí, ó no, sobre estas cuestiones? Si un Concilio las decidiese, ¿no impondría, lo mismo que el Papa, un yugo sobre el pensamien-

to? La independenciam se quejará siempre lo mismo del uno que del otro. Así pues, todas las apelaciones á los Concilios no son mas que invenciones de un espíritu de rebelion, que no cesa de invocar el Concilio contra el Papa, para burlarse despues del mismo Concilio cuando haya hablado como aquel¹.

Todo nos reduce á las grandes verdades establecidas. No puede haber sociedad humana sin gobierno, ni gobierno sin soberanía, ni soberanía sin infalibilidad: privilegio tan absolutamente necesario, que es forzoso suponerlo aun en las soberanías temporales, donde no le hay, so pena de ver disuelta la sociedad. La Iglesia nada mas exige que las otras soberanías, aunque tenga sobre ellas una superioridad inmensa; pues que en estas la infalibilidad es *humanamente supuesta*, y en ella está *divinamente prometida*. Esta supremacía indispensable no puede ejercerse sino por un órgano único; dividirla es destruirla. Pero aun cuando estas verdades no fuesen tan incontestables, lo seria siempre, que toda decision dogmática del Padre Santo debe hacer ley hasta que haya oposicion de parte de la Iglesia; y cuando llegue á realizarse este fenómeno, veremos lo que se deberá hacer; pero en el interin deberémos atenernos al juicio de Roma. Esta necesidad es invencible, porque pende de la naturaleza de las cosas, y de la misma esencia de la soberanía. La Iglesia

¹ «Nosotros creemos, dice Fleury, que es permitido apelar del «Papa al Concilio futuro, no obstante las bulas de Pio II y de Julio II «que lo prohiben; mas estas apelaciones deben ser muy raras, y por «causas muy graves.» (*Nuevos opúsculos*, pág. 52). Hé aquí desde luego un *nosotros* que debe embarazar muy poco á la Iglesia católica; y además, ¿qué viene á ser *una causa muy grave*? ¿Qué tribunal juzgará si lo es ó no? Y entre tanto ¿qué se deberá crear ó hacer? Será necesario establecer los Concilios como un *tribunal reglado y ordinario superior al Papa*, contra lo que dice el mismo Fleury en la misma página. Es cosa bien extraña ver á Fleury refutado por Mosheim sobre un punto tan importante, como hemos visto antes á Bossuet casi reducido al buen camino por los centuriadores magdeburgenses. (Cap. 15). Hé aquí á dónde conduce el prurito de decir *nosotros*. Este pronombre es terrible en teología.

galicana nos ofrece mas de un ejemplo precioso en esta parte. Conducida algunas veces por falsas teorías, y por ciertas circunstancias locales, á ponerse en un estado de oposicion aparente con la Santa Sede, la fuerza de las cosas la volvia luego á sus senderos antiguos. No ha mucho tiempo que algunos de sus Prelados, cuyos nombres, doctrina, virtudes y nobles sufrimientos hago profesion de respetar infinito, hicieron resonar en Europa sus quejas contra el piloto, á quien acusaban de haber maniobrado en un viento fuerte sin pedirles consejo*. Durante un momento pudieron asustar al temeroso fiel :

Porque cuanto el amor es mas constante,
Llena de mas temores al amante.

Res est solliciti plena timoris amor.

mas cuando se llegó en fin á tomar un partido decisivo, el espíritu inmortal de esta grande Iglesia sobreviviendo, segun el orden, á la disolucion del cuerpo, vino á posar sobre las cabezas de aquellos ilustres descóntentos, y todo acabó por el silencio y la sumision.

* Cuando el Concordato de 1801.

CAPÍTULO XX.

ÚLTIMA EXPLICACION SOBRE LA DISCIPLINA. — DIGRESION SOBRE LA LENGUA LATINA.

Hemos dicho que ninguna nacion católica tenia que temer por sus usos particulares y legitimos de esta supremacia, que se pinta con tan falsos colores. Mas si los Papas miran con una condescendencia paternal estos usos, que la venerable antigüedad recomienda, las naciones por su parte deben tambien acordarse que las diferencias locales son casi siempre mas ó menos malas, desde que no son rigurosamente necesarias; porque propenden al aislamiento y al espíritu particular, que son dos cosas insoportables en nuestro sistema. Así como el andar, el gesto, el lenguaje, y hasta los vestidos de un hombre sabio anuncian su carácter, es preciso tambien que el exterior de la Iglesia católica anuncie su carácter de invariabilidad eterna. ¿Y quién le imprimirá este carácter, si no obedece, si no está subordinada á las órdenes de un jefe supremo y soberano; y si cada iglesia puede entregarse á sus caprichos particulares? ¿No es á la influencia *única* de esta cabeza, ó jefe, á la que debe la Iglesia ese carácter *único*, que llama la atencion de los menos perspicaces; y sobre todo, á la que debe tambien esta lengua *católica*, que es la misma para todos los hombres y países de la misma creencia?

Acuérdome que Necker, en su obra de *La importancia de las opiniones religiosas*, decia: «Ya es tiempo en fin de preguntar á la Iglesia romana por qué se obstina* en usar de una lengua desconocida;» y yo digo por el contrario: YA ES TIEMPO EN FIN de no hablar mas de esto, ó de no hablarla de ello, sino para reconocer y alabar su profunda sabidu-

* El lenguaje no puede ser mas urbano: como de buen protestante.

ría. ¡Qué idea mas sublime que la de una lengua universal para la Iglesia universal! Desde un polo á otro polo, el católico que entra en una iglesia de su rito, se halla como en su país, y nada es extraño á sus ojos. Tan luego como llega, aunque venga de lejanas tierras, oye lo que ha oído toda su vida; puede unir su voz á la de sus hermanos; los entiende, y es entendido de ellos, y puede muy bien exclamar:

Roma es de todo el orbe comun centro;
Y la hallo donde quiera que me encuentro.

Rome est toute en tous lieux, elle est toute où je suis.

La fraternidad que resulta de una lengua comun es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza. En el siglo IX, Juan VIII, pontífice demasiado condescendiente, habia concedido á los esclavones el permiso de celebrar el oficio divino en su propia lengua; lo que no dejará de sorprender á quien haya leído la carta CXCIV de este Papa, en la cual él mismo reconoce los inconvenientes de esta tolerancia. Gregorio VII suspendió este permiso; mas ya no fue tiempo respecto de los rusos; y se sabe cuánto ha costado esto á este gran pueblo. Si la lengua latina se hubiese fijado en Kief, en Nóvgorod y en Moscou, jamás se hubiera arrancado de allí; y los ilustres esclavones, parientes de Roma por la lengua, no se hubieran echado en los brazos de esos griegos degradados del Bajo-Imperio, cuya historia causa lástima, cuando no causa horror.

Nada iguala á la dignidad de la lengua latina. Ella es la que habló *el pueblo-rey*, quien le imprimió ese carácter de grandeza, único en la historia del lenguaje humano, y que las demás lenguas, aun las mas perfectas, no han podido jamás obtener. La voz *majestad* pertenece al latin. La Grecia la ignora; y solo por esta *majestad* quedó inferior á Roma, tanto en las letras como en las armas¹. Nacida para mandar,

¹ «Fatale id Græciæ videtur, ut cum *majestatis* ignoraret nomen, sola hæc quemadmodum in castris, ita in pœsi caederetur. Quod quid

esta lengua manda aun en los libros de los que la hablaron. Ella es la lengua de los conquistadores romanos, y la de los misioneros de la Iglesia romana, los cuales no se diferencian unos de otros, sino por el objeto y por el resultado de su accion. Entre los primeros se trataba de sujetar, de humillar y de destruir al género humano: los segundos venian á ilustrarle, á curarle, á salvarle; mas siempre se trataba de vencer y de conquistar; de modo que en unos y otros se hallaba el mismo poder:

Y entre naciones tantas,
Hasta los apartados garamantas
Del opuesto hemisferio,
Y hasta los indios llevará su imperio.

*...Ultra Garamantas et Indos
proferet imperium...*

Trajanó, que fue el último esfuerzo del poder de Roma, no pudo sin embargo llevar su lengua mas que hasta las orillas del Eufrates: mas el romano Pontífice la ha hecho oír en las Indias, en la China y en el Japon.

Ella es la lengua de la civilizacion. Mezclada con la de nuestros padres los bárbaros del Norte, supo perfeccionar, suavizar, y por decirlo así, *espiritualizar* sus idiomas groseros, que han llegado á ser lo que estamos viendo. Armados con esta lengua los enviados del Sumo Pontífice, fueron á buscar por sí los pueblos que ya no venian á buscarlos: estos la oyeron hablar el día de su bautismo, y después nunca la han olvidado. Tiéndase la vista sobre un mapamundi, señálese en él la línea donde *esta lengua universal ha enmudecido*, y aquellos son los límites de la civilizacion y de la fraternidad europeas: mas allá no se encontrará sino el parentesco humano, que felizmente se encuentra en todas partes: la señal europea es la lengua latina. Las medallas, las

sit, ac quanti, nec intelligunt qui alia non pauca sciunt, nec ignorant qui Græcorum scripta cum iudicio legerunt.» (Dan. Heinsii, *Ded. ad Filium*, al principio de Virgilio de Elzevir, en 16.º, 1636).

monedas, los trofeos, los sepulcros, los anales primitivos, las leyes, los cánones, todos los monumentos hablan en latin; y ¿deberán borrarse todos, ó no oírlos ya mas? El último siglo que se encarnizó contra todo cuanto hay de sagrado ó de respetable, no dejó de declarar la guerra á la lengua latina. Los franceses que dieron el impulso, olvidaron casi enteramente esta lengua, y se olvidaron á sí mismos, hasta el punto de hacerla desaparecer de sus monedas, sin reparar ni advertir aun ahora el delito que han cometido á un tiempo contra la razon europea, contra el gusto y contra la Religion. Los ingleses, aunque tan tenaces en sus usos, principian tambien ya á imitar á los franceses; lo cual les sucede mas frecuentemente de lo que se cree, y ellos creen, si yo no me engaño. Contémpense los pedestales de sus estatuas modernas; ya no hallaréis en ellos aquel gusto majestuoso y severo que grabó los epitafios de Newton y de Cristóbal Wren. En vez de aquel noble laconismo, leeréis sumarios históricos en lengua vulgar: de modo que el mármol, condenado á charlatanear, llora la lengua de quien tomaba aquel bello estilo, famoso entre todos los estilos, y que desde la piedra donde estaba esculpido, se lanzaba en la memoria de todos los hombres.

Después de haber sido el instrumento de la civilizacion, no faltaba á la lengua latina sino un género de gloria que adquirió tambien, llegando á ser á su tiempo la lengua de la ciencia. Así es, que los grandes genios la adoptaron para comunicar al mundo sus luces y pensamientos: Copérnico, Keplero, Descartes, Newton, y otros ciento tambien muy apreciables, aunque menos célebres, han escrito en latin. Una multitud innumerable de historiadores, de publicistas, de teologos, de médicos, de anticuarios han llenado la Europa de obras latinas de todos géneros. Dulces y graciosos poetas, literatos de primer orden, volvieron á la lengua de Roma sus antiguas formas, llevándola á un grado de perfeccion, que no cesa de admirar á los hombres nacidos para comparar los nuevos escritores con sus modelos. Todas las

demás lenguas, aunque cultivadas y entendidas, callan sin embargo en los monumentos antiguos, y probablemente callarán siempre; solo la lengua de Roma, entre todas las lenguas muertas, es la que verdaderamente ha resucitado, y semejante á aquel á quien ella celebra hace veinte siglos, *una vez resucitada, no volverá á morir*¹.

¿Qué significa, pues, contra estos brillantes privilegios la objecion vulgar, y tantas veces repetida, de que es *una lengua desconocida al pueblo*? Los Protestantes han repetido mucho esta objecion, sin reflexionar que la parte del culto que nos es comun con ellos, está en lengua vulgar para unos y otros. Entre ellos la parte principal, y por decirlo así, el alma del culto, es la predicacion, que por su naturaleza y en todos los cultos se hace en lengua vulgar. Pero entre nosotros el verdadero culto es el sacrificio, y todo lo demás es accesorio: ¿y qué le importa al pueblo que estas palabras sacramentales, que solo se pronuncian con voz baja, se reciten en francés, en español, en alemán, etc., ó en hebreo?

Además se comete sobre la liturgia el mismo sofisma que sobre la santa Escritura. No cesan de hablarnos de *lengua desconocida*, como si se tratase de la lengua china ó del sanscrit: el que no entiende la Escritura ó el oficio divino, puede facilmente aprender el latin. Aun con respecto á las mujeres decia Fenelon: «Que él querria mas bien hacerlas aprender el latin, para que entendiesen el oficio divino, que el italiano para leer poesias amorosas².» Pero el que se halla preocupado no oye, ni atiende jamás á razones; tres siglos há que nos acusan seriamente de que *ocultamos* la santa Escritura y las oraciones públicas, cuando las presentamos en una lengua conocida de todo hombre que pueda llamarse, no digo *sábio*, sino aun simplemente *instruido*, y que cual-

¹ Christus resurgens ex mortuis iam non moritur. (Rom. vi, 9).

² Fenelon en el libro *De l'éducation des filles*. Este grande hombre parece que no temia que la mujer que llegase á entender bien el latin de la liturgia, no se veria tentada á comprender tambien el de Ovidio

quiera ignorante que se canse de serlo, puede aprender en pocos meses.

Fuera de esto, se ha proveido á todo con varias traducciones de todas las oraciones de la Iglesia, de las cuales unas manifiestan las palabras, y otras el sentido; libros que, siendo como son infinitos, se adaptan á todas las edades, á todas las inteligencias, y á todos los caracteres. Ciertas palabras señaladas de la lengua original *, que todos conocen; ciertas ceremonias, ciertos movimientos, y aun ciertos tonos ó ruidos, avisan al asistente mas ignorante de lo que se hace y de lo que se dice; de modo que siempre puede hallarse en armonía perfecta con el celebrante, y si se distrae será por su culpa.

En cuanto al pueblo propiamente dicho, si no entiende las palabras, tanto mejor: la inteligencia nada pierde, y el respeto gana. El que nada comprendé, comprende mejor que el que comprende mal. Por otra parte, ¿cómo podria quejarse de una religion que lo hace todo por él? Al ignorante, al pobre, al humilde es á quien instruye, á quien consuela, y á quien ama con preferencia. Y en cuanto á los sábios, ¿por qué no les ha de decir en latin lo único que tiene que decirles, á saber, *que no hay salvacion para el soberbio?*

En fin, toda lengua variable conviene muy poco á una Religion inmutable. El movimiento natural de las cosas ataca constantemente á las lenguas vivas; y sin hablar de las grandes mudanzas que las desnaturalizan absolutamente, hay aun otras que no parecen muy importantes, y que lo son mucho. La corrupcion del siglo se apodera todos los dias de ciertas voces, y aun las corrompe y estropea para divertirse. Si la

Por ejemplo, el *Kyrie eleison*, el tocar de la campanilla á la elevacion de la Hostia, etc., el portapaz, hasta la hoja con lámina al principio del Cónon, ó como el comun de las gentes dice, al *Sanctus*, etc., todo lleva como por la mano á fijar la atencion de los asistentes, y unir su intencion con el celebrante. Conocemos que á alguno parecerán minuciosidad estas explicaciones; no hablamos con él, sino con los sencillos: al que las perciba con la simple lectura del autor, le rogamos que no las lea.

Iglesia hablase nuestra lengua, podria acaso depender de cualquier talento atrevido hacer ridicula ó indecente la palabra mas sagrada de la liturgia. Así pues, bajo todas las relaciones imaginables, la lengua religiosa debe ponerse fuera del dominio del hombre.